

SUMARIO.

El lujo i la moda, por Rosario Orrego de Uribe.—El Cristo de la Agonía, por Ricardo Palma.—Señora doña Lucrecia Undurraga de S., por Enriqueta.—Folletín: Los Ermitaños del Huaquen, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita orijinal, por Lucrecia Undurraga de Somarriva, (continuación).—Carolina, por Ruperto Marchant Pereira.—Revista de San Felipe, por Vicentillo Quitapesares.

EL LUJO I LA MODA.

¿A dónde va a parar nuestra sociedad con esa moderna plaga que se ha desarrollado en su seno i que si no se le pone remedio pronto, mui pronto, amenaza nada ménos que disolver sus vínculos mas sagrados? Talvez a primera vista parecerán exajeradas estas palabras. Las observaciones que hemos hecho en estos últimos tiempos, los ejemplos palpitantes que a la vista tenemos, los estudios de costumbres a que nos hemos dedicado con relijiosa imparcialidad, nos han dado luz sobre la materia i autorizado para decir a los escritores en jeneral i en particular aquellos que escriben para el teatro:—Mirad que la sociedad se hunde en un abismo de miserias si no oponéis vuestra intelijencia i todos vuestros esfuerzos para dar a las ideas un jiro tal que ataque de frente i destruya en su ya peligrosísimo progreso esa locura de brillar por el lujo, oríjen necesario (si no se le opone una valla) de incalculables estragos para el hogar i por consiguiente para la sociedad.

¡Nos duele confesarlo, pero la verdad es que las mujeres (salvo honrosas excepciones) son las grandes sacerdotisas del abominable culto tributado al becerro de oro! Ellas son las que por satisfacer su sed de lujo impelen a sus maridos i hacen comprender a sus novios la necesidad de ganar mucho dinero. Si los hombres hacen las leyes, las mujeres hacen las costumbres: sobre ellas cae la mayor responsabilidad de todo lo que tiene de materialista, de interesado i de penoso para toda alma noble las costumbres del siglo.

Ni aun pueden las mujeres alegar la natural inclinacion de cautivar a los hombres por medio de personales atavíos, pues ya bien lo saben, a éstos les gustan tanto mas cuanto ménos lujosamente ataviadas se presentan.

Luego el lujo no es, pues, mas que un sentimiento de loca disipacion, una vanidad que las arrastra, no a parecer mas hermosas, sino a parecer mas ricas para los demas. I esto es mui cierto. ¡Cómo han de creerse mas hermosas con un vestido que les cuesta la tela cien pesos, por ejemplo, la que cubierta de adornos i puesto el traje en la persona con su respectivo sombrero sumará sus doscientos largos! I esto es un solo vestido, uno, i no mui rico por cierto.

Verdad es que hai señoras de alto tono, lo que quiere decir de fortuna, que adoptan un modo de vestir adecuado a sus grandes rentas i a su jénero de vida; pero ¿es preciso que las que no tienen aquellos recursos ni pueden llevar la misma vida adopten el mismo modo de vestir? Pues sí señor; no hai remedio: así lo exige la moda, esa bella tirana, i por consiguiente la familia de un empleado que gana a duras penas con que vivir, ha de ponerse el mismo sombrero i usar la misma bota de taco imperial, cueste lo que cueste, que la opulenta señora o la hija del banquero. I para probar el imperio de la moda no tenemos mas que indicar esa magnífica redondez que se dan las mujeres de la espalda para abajo, convirtiendo esa parte del cuerpo en una especie de perilla de campanario o en cualquiera cosa que no sea la graciosa i delicada forma de un cuerpo de mujer.

Algunos, inclinados a pensar mal, suponen que las poco favorecidas por la naturaleza i las contrahechas, son las autoras de todas esas extravagancias, incluso la de arrastrar una vana de cola por el suelo.

Esto no podemos creerlo, porque vemos a las jóvenes i a las hermosas usar con el mismo entusiasmo el postizo i encopetado moño, i el mismo tontillo que usan sus mamás i sus abuelas; vemos a la alta lo mismo que a la baja llevar el taco de una cuarta; vemos a la de lindos i diminutos piés usar el traje tan arrastron como a la que tiene feos i mal formados cimientos. Esto nos induce a creer que lo que las impulsa a todas es el imperio de la moda i el amor al lujo.

Mas hasta aquí solo hemos hablado a la lijera del lujo i de la moda; la cosa no pasa de ser meramente ridícula: lo grave, lo penoso está en sus consecuencias inmediatas. En primer lugar, como todo en este mundo se liga i cada antecedente trae su consecuente, cada gasto supérfluo i fuera de los alcances del bolsillo trae enlazados otros cien gastos. La suma de estos gastos representan al fin del año o de unos años la ruina o el deshonor de las familias; poco a poco se va contrayendo el hábito de gastar mas de lo que se tiene.

Empeñado ya el amor propio en sostener una posicion superior a los recursos con que lícitamente cuenta, hai que echar mano de medios forzosos: de aquí en unos esa fiebre de luero a toda costa que ahoga todos los buenos sentimientos i todas las nobles inspiraciones; de aquí en otros esas quiebras fraudulentas, espatriaciones forzosas, incendios misteriosos, etc., etc. En todas estas maldades bien puede asegurarse que la pasion del lujo entra como el móvil i oríjen principal de cada diezinueve en los veinte casos.

Pero su *Cristo de la agonía* estaba terminado.

IV.

Este fué el último cuadro de Miguel de Santiago. Su sobresaliente mérito sirvió de defensa al artista, quien, despues de un largo juicio, obtuvo sentencia absolutoria.

El cuadro fué llevado a España.

¿Existe aun o se habrá perdido por la notable incuria peninsular?

Lo ignoramos.

Miguel de Santiago, atacado desde el dia de su crimen artístico de frecuentes alucinaciones cerebrales, falleció en noviembre de 1673, i su sepulcro está al pié del altar de San Miguel, en la capilla del Sagrario.

RICARDO PALMA.

SEÑORA DOÑA LUCRECIA UNDURRAGA DE S.

Un vivo sentimiento de gratitud, prima querida, mezclado de orgullo, me ha dejado la dedicatoria de los *Ermitaños del Huaquen*, tu nueva produccion. Es mucho honor para mí la hayas colocado bajo mi débil amparo, no siéndote de ninguna manera necesario, puesto que sin él has obtenido un éxito completo en tu carrera literaria, con tanto brillo iniciada.

La palabra de aliento que me pides, amada Lucrecia, será excitarte a que sigas adelante en esa espinosa, pero florida senda, sin que te arredren los obstáculos que la dificultan. Tú, que con tanta valentía te lanzaste a ella en tus bellos ensayos sobre la rejeneracion social de la mujer, ¿habias de detenerte despues de un paso tan atrevido?

Me invitas a que te siga en ese camino, i yo bien quisiera acceder a tu deseo, pero confieso que tengo miedo; sí, me falta el valor necesario para desafiar los sarcasmos, las burlas, las censuras de la sociedad, siempre severa con la mujer que sale de la esfera comun.

Ademas, yo no me creo con bastante talento, ni suficiente instruccion para aventurarme—imitando tu feliz espresion—en el mar borrascoso de la publicidad. No soi sino una aficionada, que ha tocado tan solo el pórtico del templo de las letras.

Mi existencia ha jirado en una órbita tan estrecha, son tan limitados los horizontes que he tenido a la vista, que mi imaginacion no ha podido tomar vuelo, ni me ha sido posible tampoco adquirir el conocimiento práctico de las cosas, indispensable para escribir con algun acierto.

No he hecho estudios sobre nada. He leído muchos libros, es verdad; pero he devorado sus pájinas con la rapidez del pensamiento, sin detenerme en hacer reflexiones ni deducir consecuencias, i por lo tanto no he sacado de ellos todo el provecho que debiera. La lectura

ha sido únicamente para mí una distraccion en mi vida solitaria, un consuelo en mis pesares.

Así, pues, jamás he pensado en escribir para el público, i si alguna vez me resolviese a ello, lo haria solo cediendo a tu impulso. En esta hipótesis lejana, ¿cuál seria el tema de preferencia que adoptar? Yo misma no podria decirlo, pues aun no lo he pensado.

Pero puedo afirmar desde luego que las cuestiones sociales i políticas serian escluidas. Con relacion a las primeras, soi algo optimista para predicar la reforma en este órden; todo lo miro a traves de un prisma que me presenta el lado bueno i me oculta el malo; i en cuanto a las segundas, las detesto: ellas son el oríjen frecuente de discordias, que tienen por fruto la calumnia, el odio, la venganza, todas las viles pasiones, en fin. Por otra parte, la mujer en Chile no está aun llamada a tomar iniciativa en la cosa pública; cuando tengamos instituciones tan liberales como en los Estados Unidos, habrá llegado su hora.

El jénero de mis simpatías es el sentimental; mas yo no imitaria a esas escritoras románticas, que se divierten en hacer el análisis de su propio corazon; que hacen al universo confidente de sus penas, echando a volar a todos los vientos sus íntimos secretos: revelar el sentimiento es profanarlo; el corazon, a la vez que el foco donde nace, debe ser la urna funeraria que lo sepulte.

Para la lectura no encuentro argumento malo; pero cuando pienso en escribir, no hallo ninguno que me agrade. Aguardo la publicacion de tu leyenda, que tan magnífico principio tiene, para inspirarme en ella i dar, si logro vencer mi timidez, el primer paso en la via literaria.

Tu prima, que te admira tanto como te ama,

ENRIQUETA.

FOLLETIN.

LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL
POR

LUORECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

La caravana hizo alto, como decíamos, a la puerta de uno de los miserables ranchos que servian de hogar a los primitivos habitantes de nuestro suelo.

Apénas la comitiva se amontonó a la entrada del rancho, la puerta de cuero de éste se abrió, i los recién llegados penetraron a la choza sin mas ceremonia.

Indudablemente eran esperados; pues los dueños de casa, que eran un indio i su mujer,